

pudiendo demostrar su falsedad, y conociendo por instinto que la donacion era incompatible con el derecho del Estado, los le-  
gistas la pasan en silencio y razonan como si no existiese. El *Espejo de Sajonia* concede, en virtud de títulos iguales, la espada temporal al Emperador y la espada espiritual al Papa; mantiene la independencia del poder civil respecto de la Iglesia (1). El Pontificado se asustó de estas proposiciones sediciosas; Gregorio XI las condenó como heréticas (2). Los términos de la condenacion nos muestran hasta dónde llegaba en aquella época la perversion de toda idea moral, producida por la incuria de los vicarios de Dios: «La doctrina del legista alemán, dice el Papa, destruye la verdad y las buenas costumbres, y lo que es mucho peor, ataca al poder del Pontificado.» Pero en vano Gregorio XI quiso anular los artículos del *Espejo* que atentaban á la autoridad pontificia; no eran, como él decia, la obra execrable de algunos detestables escritores (3), eran la expresion de las ideas nuevas que empezaban á germinar acerca del poder de los Emperadores y de los Papas. La Bula de Gregorio no intimidó á los legistas; sacaron atrevidamente las consecuencias del principio proclamado por la ley sajona: la Glosa del *Espejo de Sajonia* dice que el poder del Emperador proviene de Dios, y que es independiente del Papa (4).

Tal era el estado de los espíritus en Alemania cuando se inauguró una nueva lucha en el siglo XIV entre el Sacerdocio y el Imperio. Si no se considera más que la arrogancia del lenguaje, Juan XXII es de la familia de Gregorio VII y de Inocencio III; lleva la insolencia tan lejos como Bonifacio VIII, y sus exorbitantes pretensiones son, al parecer, coronadas por el éxito. Pero si se llega al fondo de las cosas, hay un abismo entre la lucha de Luis de Baviera y la de los Hohenstaufen. En los siglos XII y XIII los papas combaten á una familia heroica que aspira á la monar-

(1) SACHSENSPIEGEL, I, 21; III, 54, 57, 63.

(2) Gregorio XI, a. 1374 (MANSI, XXIII, 157 y sig.): «Falsa, temeraria, injusta, et in quibusdam heretica et schismatica... reperimus, auctoritate apostolica reprobarimus, damnavimus, ac decrevimus irrita et inania...»

(3) «Ececrabilitas quorundam scriptorum detestabilium.»

(4) Véase la Glosa sobre el *Espejo de Sajonia*, art. 1. Sobre la cuestion de si el Pontificado es superior al Emperador, la Glosa responde: «Das Reich hat man von niemand dann von Gott.»

quía de los Césares; los combatientes están á la altura de la causa que sostienen: es la verdadera guerra del Sacerdocio y del Imperio. La nacion no toma parte en ello; esto es tan cierto, que Federico II, el héroe del Imperio, permanece, por decirlo así, extraño á la Alemania; no tiene á su favor más que las fuerzas del partido gibelino y los recursos de su genio. El Pontificado triunfa; por mejor decir, es la causa de la humanidad la que sale victoriosa. En el siglo XIV el Emperador no piensa ya en reivindicar los derechos de los Césares; pide la corona que le niega el Papa. Juan XXII, á pesar de su orgulloso lenguaje, es un sucesor indigno de los Gregorios y de los Inocencios. Los papas de Aviñon son los esclavos de los reyes de Francia (1); para indemnizarse de su servidumbre adoptan un tono soberbio respecto del Imperio, pero sus elevadas pretensiones ocultan mal los miserables sentimientos que los animan; se cuidan más del oro que del poder. Sin embargo, salen vencedores de la lucha, ¿pero quién es el vencido? El débil Emperador. Detras del Emperador están los príncipes y la nacion; la Alemania, lejos de ser vencida, proclama su independencia mientras llega la hora de rebelarse.

A la muerte de Enrique VII, Luis de Baviera y Federico de Austria se disputaron el trono; la Alemania se dividió entre ellos. Clemente V se aprovechó de esta division para suscitar pretensiones en que no habian ni aún soñado los Gregorios y los Inocencios: «El juramento de fidelidad prestado por el Emperador en su coronacion es un juramento de vasallaje. A la muerte del vasallo el Imperio sigue vacante hasta que el Papa haya confirmado la eleccion hecha por los príncipes. El Papa sucede al Emperador; á él le corresponde nombrar un vicario del Imperio» (2). Juan XXII ejerció este pretendido derecho, destituyendo los gobernadores imperiales en Italia: «Dios mismo, dice, ha dado al Papa tanto la soberanía de la tierra como la del cielo. Durante el interregno todos los derechos del Emperador son devueltos á la

(1) CLEMANGIS, de corrupto Ecclesie statu, XXVII, 4: Quid Clemente nostro miserabilis, qui ita se servum servorum gallicis principibus adjecerat, ut eas ferret injurias et contumelias quæ sibi quotidie ab aulicis inferebantur, quas vix decebat in vilissimum mancipium dici...

(2) RAYNALD. Annal. Eccl., a. 1314, § 2.



Iglesia. Aquel que, sin haber obtenido el permiso de la sede apostólica, continúa desempeñando las funciones que le hubiese conferido el Emperador, ofende á la religion y ataca á la misma divina majestad » (1).

Entre tanto, Luis de Baviera venció á su rival y socorrió á los Gibelinos de Italia. Entonces Juan XXII no pudo contenerse: «A él le corresponde el juzgar entre los dos competidores. El exámen del candidato, su aprobacion ó su reprobacion pertenecen á la Silla apostólica; hasta que el Papa haya aprobado la eleccion del uno ó del otro, no hay rey de los Romanos » (2). En su consecuencia Juan XXII mandó á Luis de Baviera, bajo pena de excomunion, que desistiese de toda administracion del Imperio y que anulase los actos que habia verificado como rey de los Romanos; prohibió á todos, eclesiásticos y legos, que le prestasen obediencia, bajo pena de suspension y de entredicho (3). La pretension era inaudita; Luis de Baviera la rechazó vivamente: «Fuerte con nuestro derecho y apoyado en la justicia y la verdad, declaramos solemnemente que la costumbre observada desde tiempo inmemorial es que el rey de los Romanos, elegido por los príncipes electores toma el título de rey y ejerce libremente los derechos.» El Emperador acusó al Papa de ponerse en oposicion con la voluntad divina, tratando de «apagar una de las dos grandes luces que Dios ha creado para iluminar el mundo. Destruir el Imperio es llevar la confusion á la Iglesia, es sembrar la herejía y la discordia.» Acabó por convocar un concilio general contra las usurpaciones del Papa (4). Juan XXII respondió al llamamiento con una sentencia de excomunion.

Hasta aquí la lucha de Juan XXII y de Luis de Baviera no es más que una guerra burocrática, por la que apenas se conmovió la Alemania. El Papa es impotente contra el Emperador, el Emperador es impotente contra el Papa. Pero el rey de Alemania, llamado á Italia por los Gibelinos, quiere usar de su derecho im-

(1) RAYNALD. *Annal. Ecol.*, a. 1317, § 27.

(2) «Cum nec interim reges romanorum existant, sed in reges electi.»

(3) MARTENE et DURAND, *Thesaurus Novus Anecdotorum*, t. II, p. 644.

(4) OLENSCHLAGER, *Staatsgeschichte des römischen Kaiserthums, Urkundenbuch*, p. 84.—GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 97, nota g.

perial, como habia hecho Oton el Grande: excomulgado como está se hace coronar y depone al Papa. ¿De dónde saca tanta audacia un príncipe débil de carácter? Juan XXII suscitó contra sí odios ardientes abrazando el partido contrario á la poderosa Orden de los Franciscanos. Los más exaltados de la Orden profesaban la doctrina de la pobreza absoluta de Jesucristo y de sus discípulos; condenados por el Papa se echaron en brazos del Emperador; bajo su inspiracion declaró Luis de Baviera hereje al Papa (1). Los *Espirituales* probaron, con el Evangelio en la mano, que Jesucristo no ha sido rey en el sentido temporal, puesto que él mismo dice que su reino no es de este mundo; cuando se proclama rey trátase del reino de los cielos. Es tan cierto, añadan los *Espirituales*, que Jesucristo no trataba de ser rey del mundo, que quiso nacer pobre y que ha predicado el desprecio de las riquezas y el desprecio de la dominacion temporal (2). Así, pues, cuando el Papa sostenia que Jesucristo habia ejercido el poder temporal en cuanto hombre, se hacía culpable de herejía (3). La consecuencia á que llegaban los *Espirituales* era nada ménos que una revolucion; el Papa herético debia ser depuesto, y en caso necesario por el Emperador (4). Pero el príncipe alemán no estaba á la altura del papel que se le hacía desempeñar. La excomunion le asustó; se manifestó dispuesto á concederlo todo para volver al seno de la Iglesia. La debilidad del Emperador constituía la fuerza del Papa; pero esta fuerza no era en el fondo más que debilidad. El Papa estaba dominado por los reyes de Francia. Sus violentas diatribas contra el Imperio parecían dictadas por el orgullo pontificio; en realidad servia de instrumento á la ambicion de los príncipes franceses. Los verdaderos adversarios van á aparecer en la escena; éstos son las naciones.

Juan XXII muere. Un hombre de bien, Benedicto XII, le reemplaza. El nuevo Papa confesó ingenuamente que en esta nueva lucha del Sacerdocio y del Imperio, todos los errores estaban de parte de la Santa Sede: «Luis de Baviera, dice, hubiera ve-

(1) BALUZE, *Vit. Pontif. Aven.*, t. II, p. 512.

(2) OCCAM, *Opus nonaginta dierum* (GOLDAST, *Monarchia*, II, p. 1152-1160).

(3) OCCAM, en el *Fasciculus rerum fugiendarum*, t. II, p. 440.

(4) OCCAM, *Dialogus* (GOLDAST, *Monarchia*, t. II, p. 621 y sig.; 947 y sig.).



nido con un baston en la mano á los piés de nuestro predecesor, si él hubiera querido recibirle» (1). Benito exaltó al príncipe alemán tanto como Juan XXII lo habia rebajado (2). Estaba pronto á firmar la paz del Sacerdocio y el Imperio. ¿Quién detuvo su mano? ¿Quién le obligó á usar de rigor contra un príncipe á quien acababa de declarar inocente? El Papa dijo llorando á los enviados de Luis de Baviera, que no era libre, que el rey de Francia le habia amenazado con tratarle aún peor que lo que Felipe el Hermoso habia tratado á Bonifacio, si daba la absolucion al Emperador sin su consentimiento (3). El rey de Francia ambicionaba para su casa la dignidad imperial, que era siempre, al parecer, la más elevada de toda la cristiandad; su orgullo padecia por tener un superior (4). Benedicto se vió obligado á favorecer estas envidias y estas ambiciones; se comprometió á trasferir el Imperio á un príncipe frances (5). Pero al lisonjear á la Francia hirió á la Alemania. Los Alemanes se indignaron de que se dispusiese de ellos sin contar con ellos y contra ellos. El odio del extranjero puso fin á sus divisiones, se agruparon todos alrededor de Luis de Baviera (6). Los clérigos mismos y los canonistas se pronunciaron contra el Pontificado; sostuvieron que el Emperador era rey por el solo hecho de su eleccion y que podia ejercer el poder soberano ántes de ser coronado por el Papa (7). La independencia nacional de la Alemania va á salir de este movimiento de los espíritus.

(1) Los embajadores del rey de Francia acusaban á Luis de Baviera de haber hecho cuanto pudo contra la Iglesia. El Papa les respondió: «*Immo nos fecimus contra eum; ipse enim cum baculo venisset ad pedes prædecessoris nostri si voluisset; sed ipse noluit eum recipere, et quidquid ille fecit, quasi provocatus fecit.*» (ALBERT. ARGENT. *Chronic.*, p. 126.)

(2) IBID. «*Multum commendans Alemanniam et dominum Ludovicum quem nobiliorem mundi dicebat.*»

(3) ALBERT. ARGENT. *Chronic.*, p. 127.

(4) J. V. KOENIGSHOVEN dice en su *Crónica alemana*, p. 129: «*Wan es verâros den Kuenig von Frangrich, das der Keyser sich ueber ihn schreip.*»

(5) RAYNALD. *Annal. Eccl.*, a. 1324, § 26. — ALBERT. ARGENT. *Chronic.*, pagina 123.

(6) RAYNALD. *Annal. Eccl.*, a. 1325, § 5.

(7) Véanse los testimonios en GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 97, notas I, k.

Los príncipes alemanes se sentian ofendidos al mismo tiempo que su jefe; si las pretensiones del Papa triunfaban, ¿qué sería de su más bella prerogativa, la de elegir al Emperador? Reunidos en Francfort, declararon nulas y de ningun valor ni efecto las sentencias lanzadas por el Papa contra Luis de Baviera (1); prohibieron á los clérigos el observar el entredicho, bajo pena de ser tratados como enemigos del Imperio. Este primer acto de rebelion fué seguido de la famosa declaracion de *Rens*; los electores proclamaron que el rey elegido debia su poder á los príncipes alemanes y no al Papa; se comprometieron á mantener los derechos del Imperio y contra todo el mundo. Una dieta reunida en Francfort hizo de estas resoluciones una ley fundamental: «El Emperador depende solamente de Dios; los que le nieguen obediencia serán castigados como reos de lesa majestad» (2).

El Emperador no tuvo fuerza para sostener estos decretos; se sometió, se humilló. El Pontificado triunfa. Sin embargo, no es él quien triunfa en definitiva. Los principios tienen más fuerza que los hombres. Los hombres desaparecen con sus irresoluciones y sus desfallecimientos; los principios que han proclamado en un momento de valor subsisten y darán sus frutos en el porvenir. Luis de Baviera cede y sucumbe. La declaracion de independencia de los electores subsiste como la ley fundamental del Imperio.

El Papa ha vencido al Emperador; pero la nacion alemana ha adquirido conciencia de sí misma en estas largas disensiones. El sentimiento nacional, una vez nacido, es indestructible; no se parará en la declaracion de los electores. La raza germánica está destinada á tomar la iniciativa del libre pensamiento; ¿cómo habia de soportar el yugo de un poder que pretende encadenar el pensamiento? Desde el siglo XIV se empeña el combate. Las bulas del Papa, la protesta y los decretos del Emperador no son los actos más importantes de la lucha. La supremacía del Obispo de Roma es una cuestion de doctrina que se refiere al dogma; la

(1) «*Sententia matura et unanimi principes determinaverunt, omnes processus a domino Papa contra dominum Imperatorem latos, indebitos et prorsus nullius præ roboris vel momenti, sed eos irritos et inanes.*» VITODURANUS, p. 49 (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 98, nota i).

(2) OLENSCHLAGER, *Urkundenbuch*, p. 188 y sig.



cuestion debe ventilarse en el terreno de la teología. Los partidarios del Pontificado, orgullosos con la victoria alcanzada por la Santa Sede sobre el Emperador, no ponen ya límites á la autoridad pontificia. Los hombres más audaces que han ocupado la cátedra de San Pedro han tenido que contar con el poder de los hechos; jamás se han atrevido á proclamar las últimas consecuencias que se deducen de su soberanía espiritual. Los teólogos no conocen estas limitaciones; libres en sus procedimientos, desenvuelven la teoría de la omnipotencia de los Soberanos Pontífices con el rigor brutal de la lógica. Oigamos á los ultramontanos del siglo XIV (1):

«El Papa, como Vicario de Jesucristo, tiene la plenitud de la soberanía (2); todo poder ordenado por Dios para el gobierno de los fieles, sea espiritual, sea temporal, le pertenece; él es el principio y el fin de todo poder. Puede hacerlo todo, aún obrar contra las leyes que da. Su autoridad es sin número, sin peso, sin medida» (3). Un monje agustino se propone la cuestión de si se puede apelar del papa á Dios; la decide negativamente, por la gran razón de que la jurisdicción del Papa se confunde con la de Dios (4). Los teólogos se encontraban en la pendiente de la idolatría; se dejaron arrastrar: «El Papa, dicen, tiene derecho á los mismos honores que los santos y los ángeles (5); participa del culto que se tributa á la Divinidad» (6). No había más que dar un paso en este camino para llegar al sacrilegio; un canonista se atrevió á dar al Papa el nombre de Dios (7): «El Papa, dice otro

(1) Tomamos nuestras citas de la excelente obra de GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 101.

(2) ALVARI PELAGH, *de planctu Ecclesiae*, lib. I, c. 58: «Potentia summi pontificis et Christi vicarii plena dicitur.»

(3) IBID. «Merito ergo in summo pontifice plenitudo dicitur existere potestatis; unde et propter hoc dicitur potestas ejus esse sine numero, pondere et mensura.»

(4) AUGUSTINUS TRIUMPHUS, *Summa de potestate eccles.* Quæst. VI, art. 1: «Sententia Papæ et sententia Dei una sententia est.»

(5) AUGUST. TRIUMPH. Quæst. IX, art. 1.

(6) IBID. Quæst. IX, art. 3, 4.

(7) ZENZELINUS dice en su *Glosa* sobre la extravagante de JUAN XXII, tit. XXV, c. 4, al final: «Credere autem Dominum Deum nostrum Papam.» Los últimos editores han tenido vergüenza del sacrilegio; han omitido la palabra *Deum*. (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 101, nota c.)

canonista, tiene poco más ó menos el mismo poder que la Divinidad» (1).

Estando el Papa asimilado á Dios, ¿cuáles podrían ser los derechos del Emperador y de los príncipes de la tierra? «El mundo entero no forma más que un sólo imperio; Jesucristo es su soberano, el Papa es su vicario (2). El poder de los reyes no es más que una delegación del poder del Papa; no proviene de Dios, solamente el poder pontificio proviene de Dios (3). El Emperador es el servidor del Papa, de donde se deduce la consecuencia lógica de que puede ser nombrado directamente (4) y depuesto por él (5). El Emperador no puede hacer ninguna ley sin el consentimiento de la Santa Sede, porque toda ley para ser justa debe ser una emanación de la justicia divina, y como el Soberano Pontífice es el intermediario entre Dios y la cristiandad, no puede haber ley sin su autoridad (6). El Emperador administra el Imperio, pero siempre bajo la soberanía del Papa; si no hay armonía entre ellos debe obedecerse al Papa (7). El Papa tiene el mismo poder en todos los reinos, puede crear y deponer reyes (8). Había de querer librar á los príncipes de su poder y no podría conseguirlo, porque esto sería negar que él es el Vicario

(1) FELINUS, in *C. Ego*, 4 x, de *Jurejurando*: *Papa et Christus faciunt unum consistorium, ita, quod, excepto peccato, potest Papa quasi omnia facere, quæ potest Deus...*

MARTINUS LAUDENSIS (de *Princip. Quæst.* 474) repite la misma proposición, en los mismos términos.

(2) AUGUSTIN. TRIUMPH. Quæst. XXII, art. 3: «Tota machina mundi non est nisi unus principatus; princeps autem totius principatus mundi et ipse Christus, cujus Papa vicarius existit.»

(3) IB., Quæst. I, art. 1.

(4) IB., Quæst. XXXV, art. 1: «Papa per se ipsum potest imperatorem eligere. Imperator est minister Papæ; est autem principaliter agentis eligere ministros et instrumenta ad suum finem.»

(5) IB., Quæst. I, art. 1: «Habet omnem potestatem sæcularem judicare et deponere, si non bona est.»

(6) IB., Quæst. XLIV, art. 1.

(7) IB., Quæst. XXII, art. 3: «Si aliud mandat Papa et aliud Imperator, obediendum est Papæ et non Imperatori.»

(8) IB., Quæst. XLVI, art. 2: «Papa potest omnes reges, cum subest causa, deponere.» IBID., art. 3: «Papa potest in quolibet regno regem instituere... Sicut Deus est factor omnium regnorum et provisor, sic Papa vice Dei est omnium regnorum provisor.»



de Dios, sería negar que es el señor de lo espiritual y de lo temporal, sería confesar que el poder temporal es independiente, lo cual es una herejía maniquea (1).

¿Cuál es el fundamento de estas monstruosas pretensiones? El derecho divino del Pontificado. Basta ver á qué enormidades conduce este pretendido derecho para afirmar que no proviene de Dios. El poder pontificio, tal como se le concebía en el siglo XIV, sería la tumba de la humanidad. La providencia suscitó un adversario á los teólogos que destruyó en sus fundamentos el soberbio edificio de la Monarquía de los Papas. Marsilio de Padua (2), educado en las doctrinas de la filosofía griega, se hizo el defensor del Estado contra la Iglesia. Como tal se presentó á la corte de Baviera: «¿Quién os ha inducido, le preguntó el Príncipe, á venir de un país pacífico y glorioso á éste de guerra, de turbulencia y de calamidades? — El error que veo en la Iglesia, respondió el doctor italiano; no pudiendo ya sufrirlo en conciencia, me he refugiado cerca de vos, á quien pertenece de derecho la soberanía, y que por consiguiente debéis corregir los desórdenes que afligen á la cristiandad. Y como el Imperio no está sometido á la Iglesia, no debe ser regido por las leyes de la Iglesia; si la Iglesia ha prescrito algún derecho contra el Imperio, es una usurpación fraudulenta. Yo sostendría esta verdad contra todos; yo sufriría la muerte, si necesario fuera, para su defensa» (3).

Las atrevidas opiniones del doctor de Padua excedían con mucho de las pretensiones del Emperador; asustaba aún á aquellos cuya causa defendía. Marsilio es un precursor de la reforma, sus enemigos le comparan con Lutero (4). Los protestantes no han añadido nada á los argumentos con que Marsilio destruye la divinidad del poder pontificio. Prueba, con el Evangelio en la mano,

(1) IB., *Quæst.* LXI, art. 3: «*Papa non potest eximere aliquos a se ipso in temporalibus.*»

(2) MARSILIO estudió todas las facultades; después de las artes se dedicó á la teología; era jurisconsulto, sabía la medicina y la practicaba. En 1312 fué rector de la universidad de París. (FLEURY, libro XXIII, § 19.)

(3) *Cronica de Nangis*, Continuac., a. 1237.

(4) PIGHIUS dice de MARSILIO: «*Tam amarus, tam virulentus in romanos pontifices, ut merito dubitares, nisi tempora disjungerent, hic ne a Lutero, an Lutherus ab ipso suam didicerit rethoricam.*»

que ninguno de los Apóstoles ha tenido primacía; que San Pedro, lejos de tener una autoridad especial, parece siempre el igual de los demás discípulos de Jesucristo, que no puede haber dado á Roma una supremacía que él mismo no tenía, tanto menos cuanto que no se ve por la Escritura que él haya estado en Roma (1). ¿Si Roma no tiene el poder espiritual, cómo ha de tener el poder temporal? Hay más: las pretensiones del Pontificado están en oposición con la esencia misma del cristianismo: «La Iglesia no tiene por misión el gobernar las cosas de este mundo; no debe ocuparse más que de la vida eterna; la vida actual es del dominio del Estado. El Evangelio es una ley puramente espiritual; Jesucristo no ha venido á gobernar la tierra, sino á predicar el reino de los cielos (2). El poder de la Iglesia es, pues, puramente espiritual; el sacerdote, cualquiera que sea, que se arrogue el poder de desligar á los súbditos de su juramento de fidelidad, se hace culpable de herejía. ¿Qué hemos de decir de las indulgencias que el Papa promete á los que llama á las armas contra los príncipes cristianos? ¿La traición, el pillaje y la muerte se convierten en virtudes al capricho de las pasiones de un hombre? No habría nada más ridículo que estas absoluciones si no condujesen á actos culpables» (3). El abuso de las excomuniones había ya llamado la atención desde los tiempos de Gregorio VII (4); Marsilio ataca al mal en su raíz, trasladando la soberanía de la Iglesia al Estado: «El legislador civil es el órgano de la universalidad de los ciudadanos; á él sólo pertenece el poder de hacer las leyes; los decretos de los pontífices romanos ó de cualquier otro obispo no tienen fuerza más que cuando son aprobados por el Estado.

(1) *Defensor Pacis*, P. II, c. 15, en GOLDAST, *Monarchia Imperii romani*, t. II, p. 239.

(2) IBID., p. 216: «*Christus in mundum non venit ad hujusmodi (actus) regulandos pro vita præsentis, sed futura tantummodo.*»

(3) IBID., p. 286: «*Hanc derisibilem et inanem absolutionem nihil proficere, sed nocere.*»

(4) Un poeta alemán, REINMAR VON ZWETER, hace una sátira ingeniosa de las excomuniones: «Aun cuando el Papa en su *Letran* deprimiese declarando Moro á un hombre hermoso y blanco, no por esto cambiaría la naturaleza de las cosas, ni más ni menos que si por medio de dinero quisiese hacer blanco á un Moro.» (VON DER HAGEN, *Minnessinger*, t. II, p. 201.)



Solamente el Príncipe tiene jurisdicción sobre los individuos y las corporaciones laicas ó eclesiásticas. Ninguna excomunión, pues, puede ser pronunciada sin su autoridad. Él sólo tiene el derecho de convocar los concilios. Si las necesidades del Estado lo exigen, puede hacer uso de los bienes de la Iglesia » (1).

El Papa condenó la doctrina de Marsilio; llamó al autor hijo de Belial, hijo de perdición (2). Marsilio por su parte acusó al Papa de herejía. La humanidad ha dado la razón al defensor del poder civil. Marsilio continúa la obra de Arnaldo de Brescia. La Edad Media concedía la soberanía á la Iglesia y á su órgano el Papa; Marsilio la reivindica para el Estado. Es la idea de la antigüedad griega. La invasión de los Bárbaros y la necesidad de una educación moral dirigida por el único poder que tenía capacidad de gobernar, habían hecho pasar á otras manos la soberanía. Pero va á llegar el tiempo en que la sociedad sabrá por sí misma dirigir sus destinos; reclama contra la usurpación secular de la Iglesia. En el siglo XIV las ideas de Marsilio eran irrealizables; aún en el XIX no se han realizado por completo. Marsilio es más bien un precursor de la revolución que de la reforma. Es menester que el Pontificado pase por la decadencia de Aviñón y el cisma; es menester que bajo el régimen de los papas se corrompa y amenace ruina la Iglesia antes que las teorías del filósofo de Padua reciban un principio de aplicación. Sin embargo, las ideas avanzan. La Francia, que había sido por largo tiempo el apoyo más firme del catolicismo y del Pontificado, se pone á la cabeza del movimiento de reacción. A fines del siglo XIV, la independencia del poder temporal es una doctrina universalmente admitida (3). El poder espiritual mismo se ve amenazado. En una obra dedicada al rey Carlos V se sostiene la igualdad primitiva de todos

(1) *Defensor Pacis*, Pars. III, *Conclusio*, §§ 6, 7, 15, 16, 23, 27.—C. GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 3, § 97.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. VI, p. 45 y sig.

(2) RAYNALD, *Ann. Eccl.*, a. 1327, §§ 27 y sig.

(3) En 1370, RAOUL DE PRAELLES, consejero, escribió, según las órdenes de Carlos V, su tratado *De potestate pontificali et imperiali seu regia* (GOLDAST, *Monarchia*, t. I, p. 39), en el cual prueba que el Papa no tiene poder alguno sobre los príncipes en las cosas temporales.

los obispos (1); el Pontificado no es más que un poder histórico en lugar de ser un poder divino. Pero para dar á estas ideas toda su fuerza es preciso nada ménos que una revolución religiosa. La Inglaterra la prepara dando nacimiento á Wiclef.

#### §. V.—El Pontificado y la Inglaterra.

La Inglaterra es el único país de Europa en que el Evangelio ha sido predicado por misioneros romanos: convertida por los esfuerzos de Gregorio el Grande, era como una colonia de Roma. El Pontificado, heredero del genio dominador del pueblo rey, mantuvo á la Iglesia filial en una estrecha dependencia. La Iglesia anglicana, sometida desde su nacimiento á la Santa Sede, fué también la última en emanciparse del poder temporal de los papas. Un rey, juguete de sus malas pasiones, sin fuerza personal, sin apoyo en el pueblo, puso su corona á los pies del Vicario de San Pedro. Inglaterra permaneció en aquel vasallaje hasta fines del siglo XIV. Sin embargo, la raza inglesa tiene un espíritu de individualismo que contrasta con esta sujeción secular. ¿Cómo ha podido sufrir por tanto tiempo el yugo de una dominación extranjera un pueblo que ama más que ningún otro una existencia libre é independiente? Puede decirse que ha habido siempre en la raza anglo-sajona un espíritu de instintiva oposición contra la dominación romana. Esto es tan cierto que, cuando la invasión de Guillermo el Conquistador, el lazo que unía la Iglesia anglicana á Roma estaba muy relajado; se necesitó para reanudarla una conquista nueva hecha con el apoyo del Pontificado. Los príncipes anglo-normandos se comprometieron en una lucha incesante con sus barones; de estas guerras debía salir la primera carta de libertad de la Europa moderna. Los reyes, hostiles á un movimiento que limitaba su poder, buscaron en la influencia de la Santa Sede un auxilio contra sus súbditos rebeldes. De aquí el espectáculo

(1) *Songe du Vergier*, en los *Tratados de los derechos y libertades de la Iglesia galicana*, t. II.



lo extraño de príncipes que parece se anticipan á la servidumbre que les espera: es que prefieren el yugo de Roma al de sus vasallos. Pero la nacion no pasa por esta humillacion; quiere tan poco la tiranía pontificia como la tiranía real. Tal es la razon de la larga lucha de los barones, apoyados en las comunidades contra los reyes coaligados con Roma. El Papa anula la Carta-Magna; más de una vez absuelve á los reyes de los compromisos que los barones les habian impuesto (1). Pero pontífices y reyes combaten un principio cuya fuerza es irresistible; la libertad triunfa. La dependencia de Inglaterra subsiste, es verdad, pero más nominal que real; en cuanto un rey fuerte sube al trono, rompe sin dificultad el yugo que por tanto tiempo habia pesado sobre Inglaterra.

Así, pues, la larga dependencia de Inglaterra no es la sumision de la nacion inglesa al poder temporal de los papas; es el vasallaje voluntario é interesado de los reyes, es como una coalicion entre ellos y el Pontificado contra un enemigo comun. La coalicion explotó duramente al pueblo inglés. Los reyes normandos estaban ávidos de dinero, los papas estaban más ávidos todavía. Tenian que luchar contra los Hohenstaufen; sin fuerzas propias, se veian obligados á levantar la Europa contra sus terribles enemigos. Las indulgencias y el oro inglés fueron las armas con que vencieron á los poderosos emperadores. Por una notable coincidencia la Inglaterra llenó ya en el siglo XIII la misma mision que ha desempeñado en los tiempos modernos: sus tesoros alimentan la lucha contra los príncipes que aspiran á la monarquía universal. En la Edad Media lo eran los emperadores; para combatirlos agotaron los papas los recursos de todas las iglesias. Inglaterra, privilegiada en esta explotacion, gimió bajo las exacciones

(1) Una bula de Gregorio IX, de 1232, autoriza á su legado á excomulgar á los señores que turben la paz del rey (RYMER, t. I, p. 200).

Una bula de Alejandro IV, de 1261, desliga al rey de Inglaterra del juramento que ha prestado á los barones (RYMER, t. I, p. 405). Hay otra bula análoga de Urbano IV, de 1262 (RYMER, t. I, p. 416). Una bula de Urbano IV, de 1264, anula las provisiones de Oxford, y desliga al rey de su juramento (RYMER, t. I, p. 438).

Clemente IV sigue el partido del rey contra Simon de Monfort. Véanse sus bulas en RYMER, t. I, p. 458 y sig.

de los legados; maldijo la avaricia de Roma. A la verdad las exacciones eran inauditas, pero ayudaron al Pontificado á garantir la libertad de la Europa derrocando á los emperadores, y por su exceso mismo fueron á su vez un instrumento de libertad para Inglaterra. La insolente avidez de la dominacion italiana sembró en el corazon del pueblo un ódio ardiente contra Roma. Un sacerdote se inspiró en él y lanzó el grito de insurreccion: «Fuera el Papa, el Papa es el Antecristo.» Este grito de guerra tuvo gran eco: *Wiclef* robusteció el genio de *Hus*, y la hoguera del reformador bohemio prendió un incendio en el cual pereció el Pontificado.

El Pontificado y la monarquía anglo-normanda son contemporáneos; Gregorio VII se corresponde con Guillermo el Conquistador: dos hombres de hierro. El Emperador de Alemania se rindió en Canossa; el Rey de Inglaterra resistió al Papa negándole el homenaje. Gregorio VII, que se atrevia á todo, no se atrevió á mandar á Guillermo. Los barones no estaban más dispuestos que el Rey á someterse al obispo de Roma. Cuando *Anselmo de Cantorbery* llevó á Inglaterra los cánones que prohibian á los preladados el recibir la investidura de manos de un laico, el Rey y los barones, y aún los obispos, estuvieron unánimes en rechazar esta audaz empresa; declararon que jamas darian su asentimiento á aquellos decretos; que ántes se separarian de la Sede de Roma (1). El rey Enrique I escribió al Papa que él mantendria las antiguas costumbres de Inglaterra; que, Dios mediante, los derechos del Reino no serian cercenados durante su vida; que, aún cuando él estuviese dispuesto á sufrir tan grande humillacion, los barones y el pueblo entero no la sufririan (2). Lo que permitia al Rey de Inglaterra usar ese enérgico lenguaje era el apoyo de la Iglesia

(1) ANSELMO mismo lo dice en una carta al papa PASCUAL (*Epist.* III, 47, en WHARTON, *Anglia Sacra*, t. II, p. 178): «*Quod audientes, rex et principes ejus, ipsi etiam Episcopi et alii minoris ordinis tam graviter acceperunt, ut assererent, se nullo modo huic rei assensum præbituros et me de regno potius quam hoc serra-rent, expulsuros, et a romana ecclesia se discessuros.*» (La carta está truncada en la edicion de GERBERON. Véase á GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 49.) ANSELMO escribió en el mismo sentido al primado de Leon: «*Ad quod etiam ipsi episcopi cum rege sic aestuant, ut etiam consecrationes quæ non nisi ad me pertinent, si sit qui velit accipere, ipsi præsumere non metuant.*» *Epist.* IV, 18, p. 432.

(2) *Epist. Henrici I ad Paschalem*, ap. RYMER, *Fœdera*, ad a. 403.